

# Tres días de felicidad

Sugaru Miaki



Cuando me sugirieron que vendiera mi vida, lo primero que me vino a la mente fue una clase de ética que tuve en primaria. Mi tutora, de unos treinta años, se dirigió a unos estudiantes de diez que apenas eran capaces de pensar por sí mismos y les preguntó:

—Seguramente habéis oído decir alguna vez que la vida humana tiene un valor incalculable o que no hay nada más valioso que la vida de una persona. Sin embargo, si resultara que podemos ponerle un precio, un valor monetario, a esa vida, ¿cuál creéis que sería?

La tutora adoptó una pose pensativa y recuerdo tener la sensación de que había formulado mal la pregunta. Se volvió a la pizarra con la tiza todavía en la mano y permaneció callada unos veinte segundos de espaldas a la clase.

Durante ese tiempo, los estudiantes a mi alrededor se estrujaron el cerebro buscando una respuesta para llamar la atención de aquella tutora tan joven y guapa.

La listilla de la clase levantó la mano:

—El otro día leí en un libro que un oficinista gana entre doscientos y trescientos millones de yenes en toda su vida. Puede que a lo mejor ese fuera el precio de una persona normal, ¿no?

La mitad de la clase la miró con admiración y la otra mitad con hastío.

Aquella sabelotodo no le caía bien prácticamente a nadie.

La tutora esbozó una sonrisa forzada.

—Tienes razón, así es —asintió—. Si le preguntáis a un adulto, probablemente os respondería algo parecido. El salario que gana una persona durante toda su vida equivale al valor que tiene. Podríamos considerar esa forma de pensar como una de las respuestas correctas. Pero me gustaría que os esforzarais por dejar de pensar así por un momento. Vamos a ver, tal vez si os pongo un ejemplo... una alegoría que quizá cuesta un poco de entender.

A continuación dibujó en la pizarra con tiza azul algo que nadie supo qué era. Podía tratarse tanto de una persona como de un chicle pegado en el suelo, pero eso era precisamente lo que la profesora buscaba.

—Este «algo» desconocido que acabo de dibujar tiene todo el dinero que necesita. «Algo» sueña con vivir como los humanos y, por ese motivo, quiere comprarle la vida a uno de ellos. Un día, por casualidad, te topas con «Algo», y este te pregunta lo siguiente: «Oye, ¿por qué no me vendes toda la vida que te queda?».

La tutora se detuvo ahí un momento.

—¿Qué pasa si se la vendo? —preguntó un chico con expresión seria levantando la mano.

—Si se la vendes, mueres —respondió la tutora, imperturbable—. Por eso, en un primer momento, te niegas a vendérsela. Pero «Algo» insiste: «Entonces, véndeme solo la mitad. Si te quedan sesenta años de vida, véndeme solo treinta. Lo siento, pero no puedo conformarme con menos».

«Ya veo», pensé con la mano apoyada en la mejilla. «En tal caso, quizá valga la pena vendérsela. Una vida corta y plena es mucho mejor que una larga y con estrecheces, eso está claro».

—Y aquí viene la pregunta: ¿Qué precio le pondrá este «Algo», este ser que aspira a vivir como los humanos, a cada año de tu vida que le vendas? Y que quede claro que no hay una sola respuesta correcta. Quiero saber cómo pensáis y qué responderíais si se diera el caso. Podéis discutirlo y comentarlo con el compañero de al lado. Empezad.

Se produjo un murmullo general en el aula.

Yo no participé. Mejor dicho, no «podía» participar. El motivo era que yo, como la listilla que había respondido a la tutora, no le caía bien a nadie.

Dejé pasar el tiempo, fingiendo desinterés en el tema.

—A ver, si ganamos trescientos millones de yenes durante toda la vida... —Escuché deliberar al grupo de delante. «Si vuestra vida mediocre vale trescientos millones», pensé, «la mía supera los tres mil».

No recuerdo a qué conclusiones llegamos en aquella clase. Lo que es seguro es que fue un intercambio de opiniones totalmente inútil de principio a fin ya que, para empezar, no es un tema fácil de tratar entre estudiantes de primaria. Dudo incluso de que alumnos de bachillerato llegaran a entablar una discusión productiva.

Lo que sí recuerdo claramente es el argumento de una chica a la que recuerdo haber vaticinado un futuro muy negro por su respuesta.

—¡No se le puede poner precio a la vida de una persona! —comentó exaltada. «A la tuya no, desde luego, porque no vale nada», pensé. «Más bien tendrías que pagar para deshacerte de ella».

Hubo un alumno, el típico gracioso que hay en todas las clases, que dijo algo similar a lo que yo mismo pensaba:

—Lo que vale la vida depende de la persona, ¿no? Si alguien quiere mi vida se la vendo, pero no me iban a dar ni trescientos yenes por ella —dijo, provocando las risas de todos.

Estaba de acuerdo con él, pero me molestó que se riera como un masoquista cuando estaba más claro que el agua que él mismo consideraba que su vida tenía un valor muy superior al del resto de idiotas que lo rodeaban.

Aquel día, la tutora dijo que no había una única respuesta correcta, pero en realidad sí que la había. Porque diez años más tarde, cuando cumplí los veinte, yo mismo vendí mi vida y supe cuánto costaba.



De pequeño, estaba convencido de que llegaría a ser alguien importante. Me creía brillante, muy superior al resto de chicos y chicas de mi edad. Por desgracia, el barrio donde vivía, atestado de padres grises y anodinos con hijos e hijas igual de grises y anodinos, solo sirvió para alimentar esa noción en mi cabeza.

Miraba a los demás niños por encima del hombro. Se me daba muy bien esconder la presunción sin pasarme de humilde y por eso en clase se mostraban fríos conmigo. Solían hacerme el vacío y esconderme las cosas.

Siempre sacaba la máxima puntuación en los exámenes, pero no era el único.

Exacto, había otra marisabidilla más en mi curso: Himeno.

Por culpa de Himeno no llegué a ser el primero de la clase y, por mi culpa, ella tampoco llegó a serlo nunca. Esa es la razón por la que los dos nos llevábamos como el perro y el gato, intentando encontrar la forma de superarnos el uno al otro. Por otro lado, ella era la única que me entendía y yo el único que la entendía a ella. Solo Himeno sabía comprenderme sin malinterpretar mis palabras y probablemente a ella le pasara lo mismo conmigo.

Es por eso que, al final, siempre acabábamos yendo juntos a todas partes. Por si fuera poco, vivíamos en el mismo barrio, prácticamente puerta con puerta, y solíamos pasar mucho tiempo juntos desde pequeños. Se podría decir que éramos lo que se conoce como amigos de la infancia. Nuestros

respectivos padres se llevaban de maravilla hasta el punto de que, antes de que empezara el colegio, si surgía cualquier cosa, nos quedábamos uno en casa del otro a esperarlos.

Aunque teníamos una rivalidad entre nosotros, habíamos llegado al acuerdo tácito de fingir ser amigos delante de nuestros padres. No es que hubiera un motivo concreto para ello, simplemente nos pareció lo más adecuado. Aunque nos diéramos patadas en la espinilla y pellizcos en el muslo por debajo de la mesa, a ojos de nuestros padres éramos dos amigos de la infancia bien avenidos.

Bien pensado, puede que así fuera.



A Himeno también la aborrecían en clase por la misma razón por la que me odiaban a mí. Se creía más inteligente que el resto, miraba a los demás alumnos con una expresión de suficiencia que no se esforzaba en ocultar y por eso todos la marginaban.

Himeno y yo vivíamos cerca de la cima de una colina, en una zona algo apartada de los barrios donde vivían la mayoría de nuestros compañeros de clase. Eso nos daba una fantástica excusa para quedarnos siempre encerrados en casa y no salir a jugar con otros niños. Solo cuando nos podía el aburrimiento íbamos a casa del otro a pasar el rato aunque, eso sí, siempre con cara de «que sepas que no vengo por gusto».

Para no preocupar a nuestros padres, en los días en que había algún festival de verano o en Navidad, salíamos a dar una vuelta por ahí para matar el tiempo y, cuando la escuela organizaba actividades conjuntas con padres o visitas al aula, fingíamos llevarnos bien para hacerles creer que estábamos los dos solos porque queríamos, ya que era como mejor estábamos. Para mí era mucho mejor aparentar estar a buenas con mi odiada amiga de la infancia, que, estando a disgusto, tratar de llevarme bien por un día con los palurdos de la clase.

Para Himeno y para mí, la primaria fue deprimente. Por si fuera poco, a mis compañeros de clase lo del acoso se les fue de las manos más de una vez, obligando a la junta escolar a reunirse.

Nuestra tutora desde cuarto a sexto curso resultó ser una mujer avispada y decidió que, mientras no llegáramos a extremos insalvables, no llamaría a